

¿Qué habríais hecho en mi caso?

¿Habríais, como yo, arrojado al fuego los libros que podían pervertir el corazón y el entendimiento de vuestras mujeres y de vuestros hijos?...

¿Sí?

Entonces sois unos inquisidores.

¿Los habríais conservado en vuestros escritorios y en vuestras bibliotecas, dejándolos circular entre vuestros hijos y entre vuestras mujeres?...

¿Sí?

Entonces sois unos infames.

De esta manera he llegado yo casi sin saberlo á resolver la grave cuestión de la libertad de imprenta.

Si somos honrados y justos, no podemos querer para la sociedad lo que no queremos para nuestros hijos.



LA LUZ.

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux*, y la luz fué.

Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse, y huyeron espantadas de sí mismas.

Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda á la luz como una mujer fea á un espejo.

El universo abrió los ojos como un niño que nace; se vió brillante como una esperanza, y se engalanó como una mujer hermosa.

La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó á dar vueltas alrededor del sol, como una mariposa alrededor de una lámpara.

De este prodigio hace seis mil años, y, ¡cosa extraña!, todavía no se sabe qué cosa es la luz.

Y debía saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz que tiene delante de los ojos.

La verdad es que debe ser muy rica.

Por de pronto es inagotable.

Si viene del sol, es un torrente de oro.

Si viene de la luna, es un manantial de plata.

Para salir por las mañanas, se viste de nácar.

Para retirarse por las tardes, toda ella es de púrpura.

Siempre va de prisa; á nadie espera, y en diez segundos corre treinta y cuatro millones de leguas.

La sombra anda siempre buscando un objeto á que ampararse para mirarla.

Si bien se observa, se advertirá que la luz es una niña.

Dadla un pedazo de cristal, y la veréis volverse loca.

Veréis con qué rapidez pasa de un color á otro: esos son sus juegos.

Ella coge al día de la mano, y lo lleva de Oriente á Occidente: esa es su obligación.

En las nubes hace prodigios de habilidad.

Ella las borda, las matiza, las recorta; de una hace un velo de gasa; de otra hace un manto de púrpura; de otra un espléndido cortinaje recamado de oro: esas son sus labores.

El arco iris es suyo.

Un día apareció el cielo enojado; su frente, coronada de nubes, revelaba la profundidad de su pena.

La luz, que es toda alegría, se afanaba en vano por disipar su oscura tristeza.

Al fin el cielo rompió en llorar.

Estaba inconsolable.

Cuarenta días y cuarenta noches sus ojos fueron un torrente de lágrimas.

La tierra se anegaba en las ondas de aquel llanto inmenso.

La luz se deshacía buscando una salida oportuna; pero el cielo estaba sombrío, y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes.

Afiló entonces uno de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y las nubes se abrieron, y bordó en seguida, sobre el aire húmedo todavía, un arco de triunfo.

Es muy caprichosa: las auroras boreales son unos caprichos que no tienen explicación.

Ella hace azul el aire, transparente el agua, sonrosado el cielo.

Es una cosa clara y oscura al mismo tiempo; se la ve, y no se la entiende.

La ciencia dice que es una sustancia; la poesía, que es la mirada del cielo.

Lo único que se sabe es que los ojos la reciben con alegría y que el alma se asoma á ellos solo por verla.

La luz tiene un punto de vista moral. Se pueden observar en ella una multitud de cualidades que parecen propias del hombre.

En primer lugar, es activa.

Apenas amanece, ya está en la calle: ni el frío la detiene, ni el calor la enerva.

Conviene advertir que su calle es el universo. De las mujeres ha tomado la curiosidad.

Siempre está mirando por las cerraduras de las puertas y por las junturas de los balcones.

¡Con qué afán se agolpa á una ventana entreabierta!

Yo creo que la mayor parte de los cristales que se rompen lo hacen de cólera, al ver que no pueden contenerla.

De todo quiere enterarse : sea donde quiera que entre, todo lo abarca de una ojeada.

Es soberanamente artista : nadie como ella conoce las leyes de la perspectiva : al momento se penetra de la posición de cada uno, y sólo le deja ver lo rigurosamente lógico, y con un tino verdaderamente inspirado, sólo nos indica los puntos que debemos ver.

Pero también es cruelmente burlona : para la caricatura tiene una chispa envidiable.

De todo se ríe.

En el lienzo de una pared, sobre una alfombra, sobre las piedras de las calles, sobre la tierra desnuda, en cualquier parte, dibuja con pasmosa rapidez cuantos objetos se le ponen delante.

¿Quién no se ha reído alguna vez de su sombra?

La mujer más bella se ve muchas veces obligada á cambiar de postura, porque la luz implacable se empeña en delinear sobre la pared inmediata su perfil grotesco.

El amante más ciego puede ver en esa caricatura un retrato, y el amor, que perdona las inconsecuencias, las infidelidades y las ingratitudes, suele ser muy severo con las incorrecciones de un perfil

arrojado sobre la pared por un rayo de luz mal intencionado.

La luz miente como los poetas, como los artistas, como las mujeres. Su procedimiento está reducido á exagerar la verdad.

¡Y cómo sabe vivir!

Siempre toma el color del objeto por donde pasa.

Cuando no puede penetrar, dobla sin esfuerzo sus incansables rayos, y se lanza en todas direcciones.

Se hunde en el agua, y no se apaga, ni siquiera se moja.

Delante de los espejos atrae las miradas de todos. Se apodera de nuestros ojos y se lanza sobre el cristal impenetrable para presentarnos á nosotros mismos.

Entonces se refleja en nuestro pensamiento la más absurda de las verdades.

Cada uno dice para sí: «Aquel soy yo.»

Pero su empeño es hacernos creer que ha penetrado al través de la capa de azogue que le corta el paso.

El sofisma de que se vale es verdaderamente deslumbrador.

Si la luz no ha atravesado el espejo, ¿cómo puede uno ver su imagen al otro lado del cristal?

Se presta con facilidad á una verdadera especulación, que produce en el acto el ciento por ciento.

Para doblar un capital cualquiera, no hay más que colocarlo delante de un espejo.

Pero donde hay que admirar más á la luz es en

la flexibilidad con que se amolda á todas las situaciones.

Ved qué sombría penetra en el fondo de un calabozo, qué fúnebre aparece alrededor de un moribundo, qué risueña se muestra en los ojos de las gentes felices, qué misteriosamente se derrama por las bóvedas solitarias de los templos.

Antes que se inventaran los telégrafos, había ella puesto en comunicación con más rapidez que la chispa eléctrica los dos polos de la humanidad.

Por medio del relámpago de una mirada se entienden desde el principio del mundo el alma del hombre y el corazón de la mujer.

Tantos siglos empleados para dar aplicación á la electricidad, cuando basta abrir los ojos para dar aplicación á la luz.

Los amantes juntan sus almas en un rayo de luz que parte á un mismo tiempo de dos miradas opuestas.

Y es incomprendible que el amor, que siempre busca el misterio y la oscuridad, se confie á las imprudencias de un rayo de luz.

Es que los amantes se entienden mucho mejor mirándose que hablando.

En las palabras se refleja el talento, y en las miradas el alma.

También la luz es débil: huye de los ciegos, como el oro de los pobres.

En presencia de un brillante no puede contenerse, y se deshace sobre la piedra preciosa, bñándola con los movibles reflejos de todos sus co-

lores. Sobre los vestidos rotos y manchados se detiene sólo para gritar: «He aquí un roto, he aquí una mancha.»

Al mismo tiempo se deja caer con delicada suavidad sobre las faldas de seda, cubriéndolas con adulatora cortesía de caprichosas aguas.

Á ella no se la puede ocultar la primera cana, ni para ella tiene disimulo la primera arruga.

La luz viene á ser en la naturaleza lo que la razón en la inteligencia.

Lo mismo que la razón, la luz puede ser natural y artificial.

Á la luz del gas las mujeres feas se embellecen, como á la luz del sofisma los errores brillan.

Todos los secretos de la mecánica consisten en el punto de apoyo; todos los secretos de la razón consisten en el punto de vista.

Ese magnífico lienzo que se llama el *Pasmo de Sicilia*, será una mezcla confusa de líneas y colores, ó una creación asombrosa, según desde el punto que se le mire.

El hombre ha inventado la luz artificial, la ha sacado de la luz natural; del mismo modo que ha inventado las verdades artificiales, sacándolas de la verdad suprema.

El sol aparece todos los días iluminando el espacio para enseñarnos el cielo.

En Madrid se enciende el gas todas las noches para que veamos la tierra.

El hombre es á Dios lo que una caja de fósforos es al sol.

La soberbia humana puede también escribir su *Génesis*.

Puede empezar de esta manera:

Un día dijo el hombre : *Fiat lux*, y los fósforos fueron.

De aquí parte un golpe de luz que nos ilumina perfectamente.

La luz inventada por los hombres vale más que la luz creada por Dios : vamos á verlo.

Mil rayos de sol no cuestan nada ; una sola caja de fósforos cuesta dos cuartos.

¿Se puede ver más?



EL PÚBLICO

QUÉ cosa es público?

Mirándolo bien, es una especie de rey constitucional que reina y no gobierna.

El público es el principio, el medio y el fin de todas las cosas.

No hay nada que no se haga por el público, con el público y para el público.

Él es un objeto constante de especulación.

Se le adula siempre, lo cual quiere decir, se le engaña siempre.

Si se miran los carteles que anuncian las funciones teatrales, el público es respetable.

Si se registran los prospectos, que, como los lazarillos á los ciegos, llevan de la mano la primera entrega de la última novela, el público es ilustrado.

Si habla la gacetilla de un periódico describiendo alguna solemnidad, el público es siempre escogido.

:

No hay bando que no sea para conocimiento del público.

No hay tienda en la que todo no se encuentre al gusto del público.

¡Qué no se hace en beneficio del público!

Las calles, los paseos, las plazas, los templos y los teatros son sus dominios naturales.

El público es inviolable por su naturaleza.

Si un caballo se desboca en medio de una calle y estropea á un niño, á una mujer ó á un anciano, padecen tres individuos particulares; pero el público queda ileso.

Hay ocasiones en que pierde su generalidad, y se individualiza.

Un bando prohíbe que las personas que llevan alguna carga transiten por las aceras, con el fin de que no incomoden al público.

Dos individuos que no tienen mucho que hacer se encuentran en la acera de la calle más concurrida, se paran y entablan su diálogo.

La gente echa entonces por el arroyo, para no incomodar al público.

Entra un coche en una calle al mismo tiempo que de ella sale mucha gente; todo el mundo abre paso, se estrecha, retrocede, se estruja y se aplasta, para que pase el público representado por dos caballos, un coche y un cochero.

El público es además irresponsable.

Es un periódico de todas las horas, donde se puede imprimir la difamación sin miedo á las leyes, donde se puede acusar sin pruebas.

Es un tribunal donde se juzga sin oír y se condena sin apelación.

Los repartidores del periódico son los ociosos; los jueces del tribunal son los envidiosos.

El público está en todas partes, y todo lo repite como un eco.

Sin embargo, él es respetable, ilustrado, escogido, imparcial, justo.

Hay que tributarle ese homenaje de adjetivos para que no se le ocurra jamás dudar de sí mismo.

El público es el privado de los tiempos modernos.

Parece imposible que se llame público una cosa que solo se compone de particulares.

Todo lo que es público pertenece al dominio de todos.

Por eso cada uno tiene su público.

El público que asiste á la primera representación de una obra dramática, es casi siempre un público particular.

Tiene el aire desdeñoso, la cara seria, el aspecto frío.

La obra que va á someterse á su dictamen no está juzgada, y quiere rodearse de toda la severidad de un juez.

Generalmente no se atreve á aplaudir, y rara vez descende á silbar.

El público de la segunda noche recibe la actitud del público de la primera como una orden, y corona el triunfo de la obra con aplausos, ó la hunde con sus silbidos.

Parece que el primero juzga y el segundo ejecuta.

Lo que se ve es que el público necesita siempre una inspiración para decidirse, veнга de donde quiera.

El público político tiene un recinto estrecho, donde no le es permitido ni murmurar siquiera.

En el Senado y en el Congreso se llama el público á las tribunas.

Este público es siempre de oposición.

Se compone generalmente de hombres que toman su malestar por opinión y sus desgracias particulares por las desgracias de la patria.

Acuden á fortificar su descontento con los discursos de las oposiciones, llevando su convicción hecha, ó, mejor dicho, su animadversión.

El público de los cafés es también un público particular.

Digámoslo con franqueza : los cafés son las tabernas de las gentes que llevan levita.

Este público es, como si dijéramos, la gacetilla del periódico, la crónica de la capital.

Un chisme arrojado en medio de un café, se propaga como la luz.

Muchas veces en una taza de te se ahoga la reputación de un hombre, y con el humo de un cigarro se empaña la honra de una mujer.

Este es el público encargado de repartir los cuentos que hacen reír y los cuentos que hacen sangre.

Este es el público que mata el tiempo, que hace tiempo y que pierde tiempo.

El público de los paseos es el más numeroso, porque es la reunión de todos los públicos.

Dudo de que el público sea discreto, porque no he visto jamás que guarde el secreto de nadie.

Es la atmósfera de la sociedad : es la respiración de un pueblo.

No hay humillación en adularlo, ni peligro en deprimirlo.

Va donde lo llevan, toma lo que le dan, y da lo que le piden.

Espejo movable, que sólo refleja los colores que tiene delante.

Él da las reputaciones y él las quita.

Un día habla de la toma de Malakoff, otro día de un vestido ó de un baile.

Como á un niño, se le pone un juguete sobre la mesa, y juega con él sin pensar en otra cosa.

La curiosidad es su pasión, la murmuración su vicio, el entusiasmo su virtud.

El chiste que más le hace reír, es ver á un hombre que se le van los pies y que cae de boca.

Cierto ; pero se le conmueve fácilmente con los grandes sentimientos.

Es un gran novelista : entregadle un argumento, y él publicará en seguida una colección de novelas. Es decir, dadle una noticia, y en su boca se multiplicarán los accidentes del suceso en variedad interminable.

En la expresión, se apropia las frases más enérgicas, más concisas y más claras ; en las ideas,

admite todos los errores ; en los sentimientos, distingue siempre los más nobles.

No le gusta pensar ; quiere sentir.

Los filósofos le fastidian; los poetas le encantan.

No apetece pensamientos ; quiere sucesos.

Nunca admira tanto al que le enseña, como adora al que le conmueve.

Su fuerza es la costumbre ; su debilidad es la moda.



CUATRO PASEOS



ACE un día hermoso, y el sol convida á tomar el aire.

Sus rayos se multiplican al cruzar los cristales de mi balcón y caen sobre el pavimento, sobre la mesa y sobre el papel que escribo, como una lluvia de oro.

Son las doce en punto.

Mientras escribo, voy á pensar hacia qué punto dirigiré mi paseo.

El primero que se me ocurre es el Retiro.

El Retiro no es más que una población de árboles, que tiene sus calles anchas y sus calles estrechas.

Su *Parterre*, que parece un hospital de flores, pues ninguna se atreve á salir de la línea recta á que están asomadas, y todas se ven cabizbajas y descoloridas, no me gusta.

Los árboles que lo adornan son pequeños,

33845

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYES"
1900. 1625 MONTERREY, N. L.

copa perfectamente redonda, y todos exactamente iguales: parece que se han hecho en una fábrica, como se hacen los naipes.

Si alguno se atreve á ensanchar sus ramas un poco más que su vecino, llega el jardinero y se las corta.

He dicho el jardinero, y no he sido exacto. Es más bien el peluquero de estos pobres árboles, que están condenados á ser iguales como una compañía de quintos.

Por fuerza deben confundirse entre ellos mismos, perdiendo, si puede decirse así, su personalidad, pues algunas veces no sabrán cuál de *ellos es él*.

Esta uniformidad debe darles el derecho de creer que no son más que uno mismo repetido un cierto número de veces.

Así es que cualquiera de ellos puede decir: yo soy aquél, y éste, y el otro, y todos.

Á la naturaleza no le deben parecer árboles; debe desconocerlos bajo la librea que el hombre les ha puesto.

Las mujeres chinas se mutilan los pies, porque así se consideran más bellas; por la misma razón se mutilan los árboles del *Parterre*.

En una palabra: el *Parterre* es un jardín artificial.

Es ver hierbas, árboles y flores, como se pueden ver en los aparadores de la peor florista de Madrid.

Pero en cambio en el Retiro hay un hermoso estanque cuadrado y espacioso, terso como un es-

pejo, en el cual el cielo se está mirando siempre.

El agua descansa tranquila como una conciencia limpia, y sólo arruga la frente cuando los patos nadan en su superficie.

Esto me recuerda una escena cómica, y á la vez dramática, que he visto representada en un hermoso grabado expuesto al público en la Carrera de San Jerónimo.

Es una gallina, á quien le han quitado sus huevos, sustituyéndolos con otros de pato.

La cría acaba de romper el cascarón, y la madre, orgullosa, los lleva en pos de sí, enseñándoles la manera de buscarse la vida.

Da la casualidad que un arroyo tranquilo pasa por delante de esta numerosa familia, y los patos, ansiosos, se lanzan al agua.

Este es el momento dramático del cuadro, en que se pinta la angustia de esta madre desventurada.

Aletea á la orilla del arroyo, desesperada de no poder salvarlos.

Ella no ha conocido jamás en su familia pariente alguno que ande sobre el agua con la misma facilidad que sobre la tierra.

Sus plumas erizadas, su pico abierto, sus alas tendidas, expresan perfectamente el terror que la domina.

Los patos, insensibles á los dolores de su madre, porque ellos no deben estar en el secreto de su origen, siguen impávidos cortando la corriente y hundiendo sus cabezas en el agua.

Es una escena humana representada por una gallina y dos docenas de patos recién nacidos.

Es el terror de una madre que, fija en la playa, mira con espanto la inquietud de la mar, buscando entre las olas el frágil esquife en que navegan sus hijos.

Los gastrónomos es posible que no vean en este cuadro más que una gallina tierna.

Salí del Retiro, y ya es tarde para volver á él. Hay otro paseo cuyo punto de vista es el mejor de Madrid.

El nombre que conserva ha llegado hasta nosotros al través de una respetable antigüedad.

Se llama el Campo del Moro.

Lo corta, formando una elipse, el cauce anchuroso del Manzanares.

Hemos convenido en que Manzanares sea un río, sin más razón que porque debiera serlo.

Quevedo ha dicho que lleva más agua que él

«Cualquier cuartillo de vino.»

Yo creo que humedece sus arenas con las lágrimas que le hace llorar su misma pobreza.

En rigor no es más que el esqueleto de un río.

Pero, á pesar de sus escasos recursos, él es el Jordán de las camisas de doscientos mil habitantes, y es al mismo tiempo el paraíso terrenal de dos mil Evas que lavan y de otros tantos Adanes que les gusta ver lavar.

Por uno de esos contrastes tan frecuentes en to-

das las cosas, los amores menos limpios son los amores de las lavanderas.

Á derecha é izquierda del río, en cuerdas sucesivas é interminables, flota blanca como la nieve la ropa tendida.

¡Si pudiera blanquearse así la conciencia!

Debajo de estas tiendas que se renuevan todos los días, bulle un pueblo anfibio, que pasa su vida á la orilla del río, como los caimanes. El sol y el agua que les blanquean la ropa les ennegrecen los rostros.

El Campo del Moro, con sus árboles, sus jardines, sus riberas y sus horizontes, es un bello paisaje.

Desde la Cuesta de la Vega se domina todo él, y la vista se derrama satisfecha viendo interrumpida por un momento la aridez desconsoladora de los alrededores de Madrid. Parece que la naturaleza huye de las grandes poblaciones.

Desde el fondo del valle que forma el río se ve empinada y coronada por un cuartel la montaña del Príncipe Pío.

No sé qué hacer : todavía me queda la Fuente Castellana, que es otro paseo reducido á dos alamedas que se cortan formando una cruz.

¡Una cruz! ¡Se encuentran tantas sin salir de Madrid!

¿Quién no tiene una cruz?

Iré al *Prao*. Digo *Prao*, porque no es prado.

La *d* que le falta es una supresión hecha por el sentido común de las gentes de Madrid. Nadie dice prado.

Prao es un nombre propio que no quiere significar prado.

Es simplemente la designación de un sitio donde todos los días se reúnen las mismas personas y con el mismo objeto.

Es una especie de exposición de mujeres, y una verdadera exposición para los hombres.

Desgraciado el marido cuya mujer vaya al *Prao* todos los días.

El *Prao* hace muchos matrimonios, pero también los deshace.

Voy á decidirme.

El Retiro, el Campo del Moro, la Montaña del Príncipe Pío, la Fuente Castellana, el *Prao*....: no hay más.

Verdaderamente no sé qué partido tomar.

¡Qué difícil es elegir!

Vamos á ver.... No veo.

El sol ha desaparecido. Ya no es hora.

¡Qué lastimal!

Podía haber paseado tan agradablemente en el *Prao*, en la Fuente Castellana, en la Montaña del Príncipe Pío, en el Campo del Moro, en el Retiro.

Me hubiera sido indiferente cualquiera.

Este es el corazón humano.



FEBRERO-ABRIL-EL AGUA

LOS AGUADORES

MAy un refrán que dice: «Febrero el corto; un día peor que otro.»

Este refrán parece más bien hecho para la vida que para Febrero.

De cualquier modo, es un refrán incomprensible.

Porque, ¿qué cosa hay en el mundo, ni fuera de él, que siendo mala pueda ser corta?

Y sin embargo, este refrán está lleno de sentido común.

Todos decimos: ¡qué vida tan triste!; y todos repetimos: ¡qué vida tan corta!

Más claro:

Nos quejamos de un dolor porque nos duele, y al mismo tiempo porque dura poco.

Así comprendo yo esa combinación de palabras tan claras y tan oscuras al mismo tiempo.